

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA
ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA,
DON EUGENIO PEREIRA SALAS

Al pronunciar con emoción y cariño el mero nombre de Guillermo Feliú Cruz —que esta tarde honramos con la más alta distinción, honrando con ello a la Academia Chilena de la Historia— el estímulo verbal de la palabra desata en cadena múltiples reacciones, entrelazadas por su presencia constante, fecunda, dinámica y eficiente en todos los ámbitos intelectuales que integran la cultura chilena contemporánea.

Sabio maestro, insigne polígrafo y bibliógrafo, erudito en varias disciplinas, funcionario ejemplar, un breve recorrido de su rica existencia basta para recoger los méritos y excelencias que señalan su vida como paradigma y ejemplo. Al remontar la escala ascendente de la acción que ha desarrollado en el ambiente público, podemos observar las etapas que desde su temprana madurez, le permitieron llegar desde un modesto empleo en la Biblioteca Nacional en 1926 hasta el alto cargo de Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos en 1960. De Jefe de Trabajos Prácticos en el Instituto Pedagógico alcanza el rango de catedrático en 1928, para ascender al Decanato de la Facultad de Filosofía y Educación y Secretario General del Consejo de la Universidad de Chile. Y no es Guillermo Feliú en esta marcha cívica de los honores democráticos electivos, que se le confieren por su inteligencia, responsabilidad y energía una figura, sino más bien una personalidad original que estampó su sello inconfundible en las instituciones en que trabajó y sigue laborando.

Profesor, siembra en la juventud los nobles ideales de un sano nacionalismo constructivo. El maestro que regenta la cátedra de Historia de Chile y que la profesa con auténtico conocimiento y soltura expresiva, es la vez el investigador que ha estudiado la validez del proceso, las condiciones en que ha nacido ese ente supranacional que llamamos Patria, y ha fijado su posición en el panorama americano e internacional. Y esta autenticidad de visión se explica por ser él tanto el arquitecto que planea el edificio, en la síntesis, como el obrero paciente que ha acumulado ricos y sólidos materiales, sometidos a la

más prolija tarea crítica en el taller heurístico en que se mide la resistencia de esos materiales constructivos. Esta faceta de su espíritu que lleva su prestigio más allá de las fronteras nacionales es la del polígrafo. Representa en el trabajo historiográfico la voluntad tendida hacia la realidad factual para encontrar nuevos caminos que permitan dar vida al pasado. Este método, instituido por el famoso historiador alemán Leopoldo von Ranke, ha permitido organizar la publicación de las grandes series documentales que ha hecho posible al historiador resucitar con legítimos colores los aconteceres pretéritos.

¿Quién entre nosotros, sus colegas no ha tenido que consultar esos cuerpos fundamentales? A él se le deben más de 20 volúmenes de la *Colección de Historiadores y Documentos relativos a la Independencia de Chile*, iniciada por su gran amigo y maestro, Don Enrique Matta Vial. A su cargo está la segunda serie de los *Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, unido a los nombres egregios de Diego Barros Arana, Luis Montt y José Toribio Medina. Ha colaborado al igual en la edición del *Archivo de Don Bernardo O'Higgins*, en manos de esta Academia.

Al polígrafo, que al frente del Fondo Histórico y Bibliográfico José T. Medina —a cuya trascendente memoria ha entregado con devoción sus mejores años— se agrega otra de sus facetas definitorias, la de bibliógrafo. Suma su labor a la de aquellos ya nombrados que entregaron a la circulación y al uso los ricos caudales encontrados por la rama zahori de la erudición.

En este país de menguada memoria colectiva no se ha hecho plena justicia al historiador que entregó a la colectividad, a los estudiosos, a los profesionales, a los curiosos, el repertorio completo de las producciones surgidas del empuje nacional en todos los campos, aun los más humildes. Lo lleva a efecto editando, como cabecera de puente, los dos volúmenes fundamentales de sus *Impresos Chilenos (1776-1818)*, que contienen la génesis de la bibliografía chilena, y los publica en cálido homenaje al Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. Desde su puesto directivo, remonta el hilo cortado hacia cuarenta y nueve años del *Anuario de la Prensa Chilena*, y retomándolo lleva hasta los tiempos presentes la colación de sus exhaustivos títulos, obra patriótica que permite la casi instantánea consulta de lo que es nuestro haber espiritual.

Pero Guillermo Feliú Cruz no comparte en forma exclusiva el dictamen de Fustel del Coluanges, para quien el historiador más serio es aquel que está más cerca de las fuentes documentales. En el correr de los años el profesor y el erudito adquirió esa cualidad inapreciable que llamamos “conciencia histórica”, es decir la imaginación, controlada por un riguroso método y un pensar en profundidad, que permite ordenar lógicamente la serie de la cadena de los hechos del pasado que no vemos sino que intuimos, y los que queremos comunicar rectamente, evadiendo la falacia de la retórica o la imprecisión del lenguaje.

Guillermo Feliú Cruz es hijo espiritual de una generación. Nace en el

umbral del siglo xx, cuya llegada esperaron nuestros abuelos tejiendo medallas con el trébol de cuatro hojas de la esperanza. Son los últimos años de la "belle époque", portada placentera que conduce no a los prados floridos sino al laberinto de la inquietud contemporánea. Nace en Talca, esa rumorosa y agreste patria chica que lleva muy dentro en sus entrañas agradecidas. Tiene en su herencia social la sangre impetuosa y dinámica del ingeniero catalán Olaguer Feliú; la vieja prosapia de los Croce, de los Vergara y de los Gana que lo atan al terruño. Sus decisiones intelectuales son tempranas. A los 16 años ha escogido la senda por donde marchará regocijado para cumplir su inexorable decisión de destino. En el Santiago, donde quedan todavía resabios coloniales, en que mueren los últimos coches de posta, y se van con el unísono los carros urbanos, en ese Santiago de los corsos de flores y de la Fiesta de los Estudiantes, termina sus estudios secundarios en el Liceo de Aplicación y el Instituto Nacional. Siempre diligente, áspero a veces, es un batallador en mil combates por la cultura, hombre que sabe, sin embargo, recogerse en la paz del escritorio para escribir con ponderación y autocrítica sus ensayos. En su oficio de escritor recogía Guillermo Feliú Cruz la valiosa herencia que nos legara el siglo xix. Tres tradiciones historiográficas se habían formado. El movimiento erudito de larga genealogía nacional que encarna el príncipe de la bibliografía americana, don José Toribio Medina, que acoge con bondad a este discípulo, con quien dialoga cotidianamente.

El segundo grupo cabría en lo que llamamos historia genética que busca la justificación de los hechos en su desarrollo, en su historicidad. Diego Barros Arana es el patriarca de esta sólida hermandad espiritual que aplica la filosofía de la historia del positivismo historiográfico. Es un movimiento liberal, agnóstico, independiente de toda tesis teológica.

Hay también una tercera tradición, aunque no muy enraizada. Es lo que Berheim apellida el "expresionismo histórico". es decir, que el historiador por medio de la intuición que ha aplicado Bergson y los fenomenologistas alemanes, cree posible extraer la esencia de las cosas y la comprensión desde adentro de los hechos del pasado por procedimientos intelectuales más allá del método positivo. La inicia entre nosotros Isidoro Errázuriz en su *Bosquejo*, nunca terminado, de la Administración Errázuriz. Lo sigue Alberto Edwards, quien, aplicando la filosofía de Burke y de Osvaldo Spengler, traza el cuadro de su *Fronda Aristocrática*, intento de explicación de la historia política de Chile. La tarea la prosigue Francisco Antonio Encina, en los 20 volúmenes de su *Historia de Chile*.

Guillermo Feliú Cruz no recibe indiscriminadamente este legado; lo hace con beneficio de inventario. En su trato amical con Enrique Matta Vial, Tomas Thayer Ojeda y José Toribio Medina en la tertulia animada de la Librería Miranda, conoce de inspirador a oyente esas doctrinas y sobrepesa sus méritos. Va más lejos todavía y dedica su tiempo a estudiar las personalidades

señeras de Barros Arana y de Vicuña Mackenna. En la empresa va adquiriendo una pasmosa erudición, y su admirable caligrafía que tiene la misma rapidez que la más acabada forma dactilográfica, va acumulando las notas, las fichas y los comentarios que le permitirán llevar a efecto una labor gigantesca.

Desde niño ha fijado los límites de su área de interés, la Historia de América y de Chile. No la concibe únicamente en la hispanidad recobrada después de las severas luchas ideológicas antihispánicas. América no es para él, como diría Rafael Altamira, "el cuadro geográfico en que el pueblo español demuestra nuevamente su pujanza". Su historiografía parte de lo criollo, es decir, de los resultados de un proceso homérico de conquista y colonización. Fiel a la más estricta metodología en la rebusca, trata a la vez de cernir sus hallazgos en el sutil cedazo de una sana crítica, conjugando así las citadas tradiciones. Puede recorrer sin lazarillo los más ríspidos períodos de la historia de América en el pasado colonial y republicano, pero no olvida mirar en derredor para estudiar la confluencia de ese pretérito rebotando en el presente y que la juventud debe llevar al porvenir. A veces él mismo traspasa el límite entre la crónica que forja la historia del mañana, y su mirada se deleita en el panorama político que enjuicia, defiende o alaba de acuerdo con sus arraigados principios democráticos.

Esta actitud cívica se pone en especial de manifiesto en su activa faena didáctica en la Universidad de Chile, sea en la Facultad de Derecho, Escuela de Servicio Social, Escuela de Temporadas o en su magisterio mantenido y actual en la Facultad de Filosofía. No está de acuerdo con el ingenioso dictamen del profesor inglés, Pollard, que iniciaba sus clases con el orgulloso dictamen: "el gran valor de la historia consiste en que no sirve para nada". Por el contrario, a la manera de los grandes maestros, hace recaer en la enseñanza de la historia una forma de preservar la memoria colectiva, de cultivar la imaginación; la habilidad para discutir, apreciar y comprender los hechos, formas, estilos y maneras del pasado y ver la acción del hombre en la vida social, política e intelectual.

Entre estos dos polos —como lo ha demostrado en luminoso ensayo, Henri-Irenée Marrou— el análisis erudito y la síntesis histórica, existe una tensión dialéctica que a través de la inevitable y necesaria división del trabajo entre los especialistas, lleva a veces a la disociación y aun al divorcio entre las dos partes.

Guillermo Feliú pudo salvar este dualismo a veces enervante y recorrió con seguro paso firme el camino de la erudición a la historia donde una vez más demuestra su talento creativo en lo conceptual anímico. La producción que entrega al público lector es de enormes proporciones en cantidad y calidad. Su pluma, que obedece a los dictados racionalistas de su pensar, corre galana, en la trabazón lógica de sus sentencias que le permiten cumplir con elegancia de estilo las tareas que se han fijado. Su curiosidad lo lleva a las ramas cauda-

les del fluir de los acontecimientos nacionales y americanos. Señala problemas, indica caminos, describe períodos, hechos y acontecimientos de las diversas épocas de nuestro desarrollo. Ha estudiado las estructuras sociales de las encomiendas que establecen los lazos agrarios; el despertar ilustrado del siglo XVIII, el estallido de la Independencia; las relaciones internacionales, la evolución constitucional; la obra de los decenios; el momento crucial contemporáneo de 1920. Historiador concreto, ha sido también el memorialista de diversas épocas, y ha sabido entrar en lo singular de la biografía de nuestros grandes personajes. Ha sacado del olvido a Jerónimo de Vivar; ha editado la crónica de Talavera y de Fray Melchor Martínez, que cubre el período independiente, las Memorias de Beauchef, y las últimas campañas libertarias. Ha puesto de relieve la labor gubernamental de don Andrés Bello; ha editado las Actas de la Facultad de Filosofía y Educación, el Epistolario de Portales, ha estampado, en fin, su huella en todas las empresas historiográficas que enriquecen las fuentes del conocimiento patrio.

Y coronando esta labor, la mirada observa con asombro, sus dos libros fundamentales que forman la historia de la historia de Chile, su *Historiografía Colonial*, que edita el Fondo Bibliográfico José Toribio Medina, y los, hasta ahora, cuatro volúmenes de su *Historia de las fuentes de la Bibliografía Chilena*, piedra sillar de la investigación contemporánea.

No es esta —creemos— la hora del recuento minucioso de los frutos de su sembrar incansable, es el momento de la efusión sentimental hacia el colega y el amigo que por decisión unánime de sus compañeros de la Academia Chilena de la Historia que integra el Instituto de Chile, recibe esta tarde la Medalla de Honor que acredita sus patrióticos desvelos. Queremos rendir homenaje al ciudadano que siente con aguda sensibilidad los problemas de la actualidad, que son presente, pasado y futuro histórico, y ha puesto y sigue poniendo su voluntad en resolver aquellos unidos al ámbito de su especialidad científica, y para ello lo señalamos prendiendo en su pecho esta Medalla elocuente.

Queremos, en fin, con la nostalgia de Goethe, al comenzar su *Fausto*, evocar las fecundas largas horas del Departamento de Historia, bajo la mirada paternal de don Luis A. Puga, que aún en sus 97 años de colmada existencia sigue irradiando simpatía e inteligencia. Allí conocí al hombre Feliú, en su grave atuendo oscuro, antes que la barba del abuelo le imprimiera estampa de patriarca laico. Quisieramos seguir al hombre Guillermo Feliú Cruz a la intimidad de un hogar feliz que presidía la dulce belleza y la inteligente sonrisa de esa mujer incomparable, Inés Silva Urzúa, que fuera abnegada esposa y modelo de madre. Pero, como el poeta “percibo las imágenes de los hermosos días transcurridos (más también), la penas que los acompañan. Nunca ha sido completa la alegría”.

He tratado de cumplir con estas simples palabras sinceras el honroso en-

cargo de la Academia. En este rápido esbozo de una personalidad relevante quedan, sin duda, múltiples rasgos no acentuados, ni aún delineados. Su proyección periodística hacia la comunidad. La dirección de importantes revistas: *Revista Chilena*, *Anales de la Universidad de Chile*, *Mapocho*, y nuestro propio *Boletín*. No nos hemos referido, al igual, a las numerosas distinciones, medallas, condecoraciones y diplomas, con que las instituciones hermanas de América y de Europa han premiado su quehacer historiográfico.

Está todavía en su plena labor, centuplicada ahora en su valor por el aporte de la experiencia adquirida en estos años que estamos evocando, al entregarle esta alta distinción académica. Medalla de Honor que atestigua, una vez más, los méritos de una personalidad que ha honrado con su colaboración a la Academia Chilena de la Historia, hacemos un acto de justicia, basado en el veredicto de la comunidad universitaria, académica e intelectual de Chile.